

es necesario, tomarémos parte en el desenlace.

—¡Quiera Dios que éste no sea desgraciado para mí!....

—No lo será, pero volvamos al cuartel que es ya tarde.

—Sí; marchemos.

Y tío y sobrino, entregados á un diálogo en que el nombre de Pilar se repetía con frecuencia, se alejaron de la calle y penetraban poco despues en el sitio en que descansaban sus compañeros de armas.

CAPITULO XV.

Acciones y escaramuzas.

Tan pronto como el general Santa-Anna, tuvo dispuesta su gente en los buques que habia encontrado en Veracruz, se hizo á la vela, y desembarcó á las pocas horas en la barra de Tecolutla, marchando en seguida á situarse en las Piedras, y por último en Pueblo Viejo, en que formó su cuartel general.

La llegada de Santa-Anna, á quien nombraron general en jefe del ejército mexicano, fué oportuna y necesaria, porque aunque es cierto que de todas partes marchaban las milicias á rechazar á los españoles, carecian de un general que inspirara esa confianza que presta valor al soldado. To-

dos los cívicos del lado derecho del Pánuco volaron llenos de entusiasmo á engrosar las filas de su predilecto general, así como de otras mil partes corrian, llenos de patriótico ardor á reunirse en Altamira con D. Manuel Mier y Terán, hombre de relevantes prendas militares, que reunia á una prudencia justa un valor á toda prueba.

Los expedicionarios, pues, se vieron casi de repente, por este espíritu de independencia que resaltó marcadamente en los mexicanos, se vieron, repito, amenazados por cuatuplicadas fuerzas, al mismo tiempo que luchaban con las enfermedades de su mortífero clima.

Deseando Santa-Anna sacar provecho del entusiasmo del soldado, ordenó el dia 9 de Agosto, que las tropas regulares bajasen en respetable número por los Corchos, para provocar al combate á los expedicionarios.

Noticioso Barradas de esta orden, dispuso la salida de cuatro compañías del primer batallon, cuatro del segundo y dos del tercero, á las órdenes del comandante D. Juan Falomir, cuya fuerza salió con direccion á

los Corchos, bien persuadido de que, por valientes que los mexicanos fuesen, componiéndose su mayor fuerza de milicias poco instruidas en el arte de la guerra, se verian obligados á ceder á la táctica, instruccion y pericia de sus tropas. Y efectiva mente, exceptuando algunos cuerpos de línea, toda la demas era gente, brava sí, pero sin disciplina. Esto consistia en que temiendo el gobierno otra expedicion mas fuerte por Veracruz, mandó situar todo el ejército en Jalapa, á las órdenes del general Bustamante para defender aquel puerto.

Los soldados partieron llenos de júbilo en busca de sus contrarios, y muy particularmente el cadete Ramirez á quien el jefe que mandaba aquella corta columna le miraba con particular predileccion.

Tomadas las posiciones de un pequeño barranco que se encuentra en las inmediaciones de dos lomas que separan ambos caminos, y defendida la avenida de otro que marcha en direccion al rio, se presentó un paisano anunciando la aproximacion de mucha gente armada, término suyo,

Aprovechando el comandante D. Juan Falomir el oportuno aviso, hizo desplegar en guerrilla, como á las seis de la tarde, la segunda compañía del primer batallón, mandando una descubierta que observase al enemigo, para impedir, en todo caso, una sorpresa de noche.

Todo fué ejecutado en el instante, y á la caída del sol, la avanzada vió á los mexicanos trasponer un collado y prepararse á pernoctar en aquel sitio.

La noche la pasaron los españoles á la espera y con bastante precaucion, durmiendo por mitad toda la fuerza.

Con el alba del siguiente dia, se vieron distintamente los mexicanos, sobre los cuales hizo fuego la avanzada al que contestaron ellos inmediatamente.

—Ya se ha dado principio al fandango, tío:—dijo Ramirez á D. Andrés, acariciando entre sus manos una brillante carabina—no hay música mas deliciosa que el estruendo de las armas.

Entretanto, se hizo el despliegue de la

guerrilla por la segunda compañía, y antes de una hora se habia generalizado el fuego.

En esta situacion el comandante Falomir, ordenó que las compañías restantes, formadas por mitades en columna, avanzasen al paso de carga, mientras las guerrillas de la segunda compañía, flanqueaban á los enemigos.

Los mexicanos, al conocer la crítica posicion en que se encontraban, trataron de hacer un esfuerzo para contener á sus contrarios, manteniendo un fuego sostenido, pero viendo á los españoles continuar en su proyecto de flanquearlos por un lado mientras la columna de ataque marchaba de frente, empezaron á desordenarse, hasta que, por último, considerándose inferiores en instruccion militar, y mirando descubiertos sus flancos, y el centro sobre ellos, se pronunciaron en completa retirada, dejando sobre el campo 97 muertos, 132 heridos, 180 prisioneros, muchísimas armas, mantas, cajas de guerra y algunas provisiones.

Terminada la accion, D. Juan Falomir elogió á los soldados su digno comporta-

miento, y acercándose á Rafael Ramirez, que tanto se habia distinguido haciendo prisionero por su propia mano á uno de los jefes contrarios, le dijo que haria presente á Barradas la intrepidez con que se habia batido.

Recogidos los despojos ganados en este encuentro, la columna emprendió su vuelta hácia Tampico, donde Barradas puso en libertad á los prisioneros mexicanos, creyendo con esto atraerse las simpatías de los hijos del país.

A esta accion siguió el dia 13 la conocida por *Paso de Doña Cecilia*, ganada por mil doscientos españoles á las órdenes del coronel D. Luis Vazquez contra fuerzas muy superiores, en que dejaron los mexicanos sobre el campo, 29 muertos, 340 prisioneros que, como de costumbre, los dejó al otro dia Barradas en libertad, muchas armas, algunos bagajes y 57 heridos, muchos de gravedad, entre ellos tres oficiales.

Tambien los españoles tuvieron sensibles pérdidas; entre ellas la del teniente de la cuarta compañía D. Alejandro Cajigal, jó-

ven valiente que murió por su temerario arrojo; la del subteniente D. Manuel Blanco y del cadete D. Rufino Robles, que salieron heridos; la del soldado distinguido D. Juan Sol, y por último, la de los sargentos segundos, Tartajada y Ramos, aunque no de gravedad.

Sin embargo de estos reveses, las milicias de aquel país no desmayaron; antes por el contrario, buscaban la lucha con indecible afán, y pedian se les llevase al combate para recobrar, con un triunfo, el brillo de sus armas. Parecíales á los soldados que el valor era suficiente para alcanzar las victorias, y se creian humillados al verse vencidos por número inferior. No sabian que en las batallas, la pericia y la prontitud en las evoluciones es el todo. ¿De qué les servia á los mexicanos, cuyo valor es indisputable, presentarse con triplicadas fuerzas, si éstas se componian, en su mayor parte, de gente que jamas habia servido en las filas del ejército? Cualquiera que tenga una ligera idea de lo que es éste, comprenderá la inmensa ventaja que tiene la tropa disci-

plinada sobre las masas voluntarias, y conocerá que los mexicanos cumplan como cumplir pueden los hombres mas patriotas y decididos.

El general mexicano D. Manuel de Mier y Terán que, á un valor á toda prueba reunia el saber y la prudencia que deben adornar á todo buen militar, era el contrario que mas cuidados causaba á la expedicion española que iba viendo erizarse los caminos de reductos hábilmente concebidos y situados.

Sabedor ademas Barradas, de que una fuerza respetable se hallaba hácia el camino de Altamira, consultó con el entendido jefe del Estado Mayor D. Fulgencio Salas, lo que hacer se debia, y se resolvió que, el mismo general en jefe saliera con dos mil hombres al encuentro del enemigo, dejando en la plaza una corta fuerza, casi toda enferma, á las órdenes del coronel D. Miguel Salomon.

El cadete Ramirez, cuyo elemento era la guerra, y que cada vez que se disponia una salida soñaba en grados y en inmortalizar

su nombre, se acercó á su tio pocos instantes antes de ponerse en marcha la columna, y encontrándole de centinela en el cuartel, le dijo:

—Hoy gano la charretera: dicen que el general contrario es osado y extratéxico: mejor; así habrá mas proporcion de distinguirme y de alcanzar un premio, si no me alcanza un balazo.

—Mucho celebro al valiente; pero no puedo aplaudir al temerario; tu afan de gloria, tu deseo de distinguirse entre tus compañeros, te hace tocar en la temeridad, y cada vez que hay una accion, temo por tu vida.

—Morir luchando con denuedo, es buscar la vida en las páginas de la historia, obligando á las generaciones á que pronuncien nuestro nombre con respeto. Cortés, Guzman el Bueno, Pelayo, el Cid, Gonzalo de Córdoba, Paredes, hé ahí los héroes que existirán mientras durare el mundo. ¿Quién no daria mil y mil vidas por alcanzar como ellos la inmortalidad del guerrero?

En su interior D. Andrés se complacia

en ver en su sobrino las ideas elevadas que enaltecen al hombre; se llenaba de satisfacción cuando escuchaba á los soldados y oficiales elogiar el valor del hijo de su querida hermana; entonces las palabras arrojado y temerario, sonaban gratamente en su corazón: pero cuando hablaba con él, procuraba esconder aquella satisfacción, temiendo que, si le aplaudía, no se podría contener en los justos límites que prescribe el valor.

—Vamos, sé prudente, que no por mucho madrugar amanece mas temprano: todavía eres una criatura, y no es razonable que por querer alcanzar antes de tiempo las cosas, llegues á perderlas para siempre.

—¿Y vd. se queda?

—Ya ves, estoy enfermo, y me es imposible acompañarte: á nosotros nos toca cuidar lo que vosotros ganais.

El toque de la corneta que llamaba á formar, fijó la atención de Ramirez.

—Llegó el momento de partir: hasta la vuelta, querido tío.

—Adios, Rafael.

Y D. Andrés estrechó la mano de su so-

brino con la ternura de un padre. El joven corrió alegre á reunirse con sus compañeros, mientras el anciano quedaba lleno de zozobra y de inquietud por su suerte.

Era el dia 18 de Agosto: Barradas, siguiendo como hemos dicho, el parecer del jefe del Estado Mayor D. Fulgencio Salas, reunió una columna de dos mil hombres, y salió al encuentro del enemigo.

Cerca aún del punto de salida, y en el sitio llamado la Laguna de la Puerta, ordenó el jefe español se dividiese su fuerza en dos secciones, una por la derecha en dirección al rio Tamesí, y la otra por el sitio de las lomas, mientras extendía por el centro una compañía de cazadores en guerrilla.

Dispuesta de esta manera la gente, y avanzando la noche, se esperó la luz del siguiente dia con una impaciencia indecible. Por fin brilló el anhelado sol del 19 y entonces rompió el fuego la expresada guerrilla, cuyos extremos se hallaban fuera del alcance de las dos secciones.

Los mexicanos, engañados con aquella acertada maniobra de Barradas, y creyen-

do que desbaratada la corta fuerza que venia haciéndoles fuego, el triunfo era seguro, se arrojaron sobre ella á paso de carga, desordenándose las filas por la confianza en la victoria. Entonces la guerrilla, por movimiento extratéjico, se replegó haciendo fuego en retirada.

—No hay que huir, *gachupines*—gritaba un oficial que venia delante de todos con la espada desnuda.—No hay que huir, cobardes.

Uno de los que iban en la guerrilla, reconoció á aquel oficial, y salió de las filas para esperarle.

—Señor cadete—le gritó el capitán que mandaba la guerrilla—no se separe vd. del resto de la gente.

—Pero....

Dijo tratando de quedarse, Rafael, pues no era otro el que se habia detenido á esperar, al reconocer en su contrario al capitán Rossi.

—Obedezca vd., señor cadete.

Rafael se reunió á sus compañeros que continuaban retirándose á la vez que dispa-

rando. Los mexicanos, empeñados en darles alcance, marchaban tras ellos cada vez en mayor desorden, hasta que, bien calculado el tiempo, dió lugar á que la seccion de la izquierda les presentase la batalla, mientras la de la derecha se corrió y les ocupó su retaguardia.

Al verse atacados por tres puntos diferentes, resonando en sus oídos los gritos de ¡viva España, viva el rey! lanzados por los expedicionarios, los mexicanos se consideraron perdidos, y abandonaron el primer reducto que sobre el camino habia mandado construir su entendido jefe.

Los españoles siguieron avanzando hasta el segundo reducto, donde el valiente general Terán, subiéndose sobre el parapeto, dirigió á los soldados estas entusiastas voces:

“Soldados, si México ha de ser libre, es menester regar con la sangre de sus hijos el camino que disputan sus enemigos.”

Los mexicanos, reanimados con aquellas palabras y con el ejemplo de su general, recibieron á sus contrarios con un nutrido fuego, trabándose á poco un combate á la

bayoneta que duró algunos instantes, hasta que, viéndose envueltos por todas partes por los soldados españoles, se retiraron hacia Altamira, salvando los cañones. En este encuentro murió un comerciante español llamado Zubiaga, que se había ofrecido á servir de guía á los expedicionarios.

Vencidas estas dificultades, Barradas continuó marchando sobre Altamira, resuelto á tomarla á toda costa. Pero en tanto que sus tropas se adelantan haciendo fuego, y los mexicanos se detienen á cada instante á disputarles el paso, pasemos á ocuparnos de otros personajes de nuestra historia.

CAPITULO XVIII.

Donde menos se espera....

Estamos en Altamira; pueblo ligeramente fortificado por los mexicanos, y desde el cual el general D. Manuel Mier y Terán, estaba en observacion de todos los movimientos del ejército español, para oponerse á su marcha.

Mas de seis mil hombres, incluso los que habian entrado en accion, guarnecian este punto importante hácia el cual hemos dejado retirándose á las tropas mexicanas, batidas por los expedicionarios que avanzaban sobre la poblacion.

En un largo salon de un edificio situado en la principal de sus calles, se veian va-